

Liturgia de la Palabra

HUGO ESTRADA

El pueblo judío, cuando se encontraba lejos de su Templo, en el exilio, tomó la costumbre de reunirse en la sinagoga para escuchar la lectura de la Escritura, para comentarla y para orar. Esto lo hacía el sábado. San Lucas anota que era costumbre de Jesús frecuentar la sinagoga el sábado (Lc 4,16). Cuando los cristianos judíos ya no pudieron seguir asistiendo a la sinagoga porque ya no era compatible con sus nuevos puntos de vista religiosos, se retiraron de la misma; pero se llevaron su liturgia a la Cena del Señor. Así nació lo que ahora llamamos la LITURGIA DE LA PALABRA. Los nuevos cristianos judíos introdujeron una variante: ya no se leía sólo el Antiguo Testamento; ahora algunos de los que habían "visto y oído" a Jesús narraban a la comunidad "los hechos y dichos" del Señor. A los que estaban lejos se les comenzaron a enviar por escrito estas memorias. Así nació el Nuevo Testamento.

Se abre la Biblia

En nuestra Misa tiene lugar lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Nuestras lecturas de la Liturgia de la Palabra, en la misa, están estructuradas en tres ciclos; en el transcurso de tres años se leen, casi en su totalidad, todos los textos de la Biblia. La primera lectura, el día domingo, corresponde al Antiguo Testamento. Todo el Antiguo Testamento es un anuncio velado de Jesús. Por eso muy bien el autor de la

Carta a los Hebreos escribía: "De manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo" (Hb 1, 1-2). Al leer ahora el Antiguo Testamento vamos captando



con nitidez las figuras e imágenes por medio de las cuales se iba anunciado la venida de Jesús como el enviado de Dios. Vemos cómo Dios fue preparando a la humanidad para su encuentro con Jesús. Con razón Jesús decía: "Escudriñen las escrituras porque ellas hablan de mí" (Jn 5, 39).

Viene luego el salmo responsorial. Después de haber meditado en la

acción de Dios a través de los siglos, sentimos el deseo de expresarle nuestro agradecimiento, nuestro reconocimiento. Lo hacemos por medio de un salmo escogido. Lo llamamos salmo responsorial porque es como una "respuesta" de amor a la acción de Dios por nosotros.

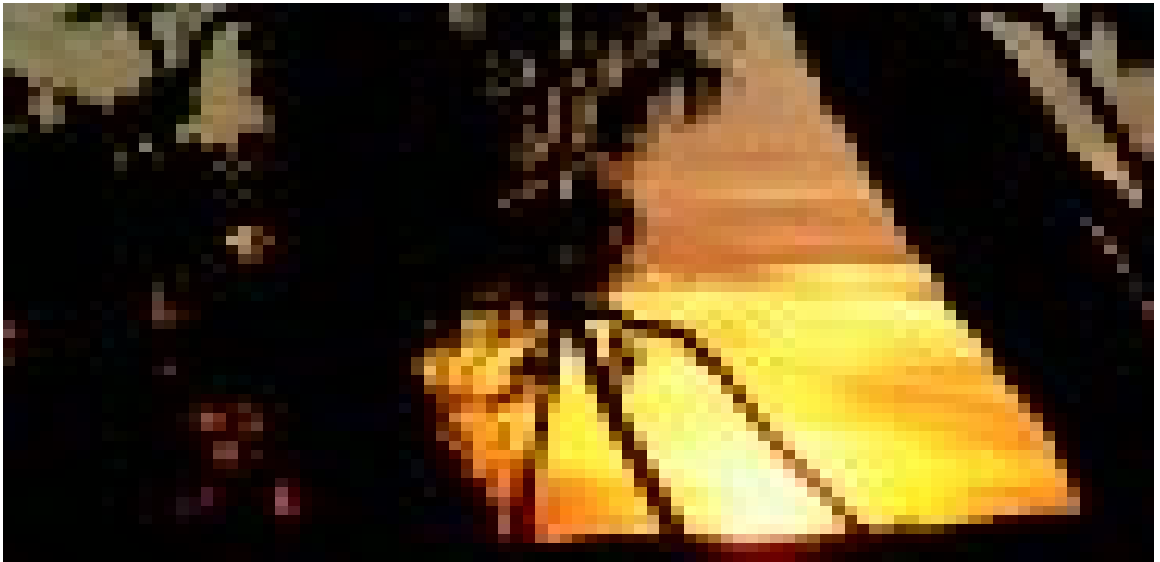
La segunda lectura se toma de alguna de las cartas de San Pablo, San Pedro, Santiago, San Juan o San Judas. Ellos, como obispos, se comunicaban epistolarmente con los fieles que estaban en lugares lejanos. Estas preciosas cartas son documentos valiosísimos de personas que conocieron a Jesús y bebieron su doctrina.

Nos habla Jesús

Y llegamos a la lectura del Evangelio, que significa "buena noticia". La buena noticia que Jesús nos trajo y que los evangelistas dejaron consignada en sus escritos. Allí se coleccionan impresionantes parábolas, discursos, dichos, alegorías de Jesús.

Nuestro Señor nos va introduciendo con su sabiduría en el secreto de Dios. Nos ayuda a encontrarnos con Dios Padre, con el Espíritu Santo y, al mismo tiempo, a encontrarlo a él como el Enviado de Dios.

San Mateo, en su Evangelio, procura mostrar que Jesús es la respuesta de todo lo que se anhelaba en el Antiguo Testamento. De aquí que en el evangelio de San Mateo abundan las citas del Antiguo Testamento para confirmar la presencia de



Nuestras lecturas de la Liturgia de la Palabra, en la misa, están estructuradas en tres ciclos; en el transcurso de tres años se leen, casi en su totalidad, todos los textos de la Biblia.

Jesús como el Mesías prometido. San Marcos se esfuerza en hacernos descubrir la personalidad de Jesús por medio de sus hechos y de sus palabras.

San Lucas demuestra, en su libro, que el Evangelio de Jesús es para todos. Hace desfilar una gama de personajes muy diversos que son transformados por la Palabra de Jesús: publicanos, prostitutas, paganos.

San Juan se refleja, en su Evangelio, como el gran teólogo que nos hace meditar profundamente acerca de los hechos y dichos de Jesús. Con razón a San Juan se le ha llamado el "águila", ya que se remonta a las alturas de alta mística en su contemplación de Jesús.

¿Qué nos dijo Jesús?

La homilía es una conversación familiar en la que el sacerdote comenta las lecturas de la Biblia que se acaban de proclamar. La Palabra de Dios no obra mágicamente. Necesita

comprensión; por eso el sacerdote busca comentar, bajo la inspiración de Dios, las lecturas bíblicas. Es un momento privilegiado de la Misa; pero, al mismo tiempo, muy "arriesgado". Es el hombre quien comenta la Palabra de Dios. Tenemos la fe de que Dios siempre se ha servido de instrumentos humanos para llevarnos sus mensajes. Por eso, más que centrar nuestra atención en la "personalidad" del sacerdote, que hace la homilía, buscamos descubrir el mensaje que Jesús tiene para cada uno de nosotros. Hay que rezar por el sacerdote que predica para que sea instrumento adecuado por medio del cual se transmite la Palabra viva.

En el momento de la proclamación de la Palabra y de la homilía, se verifica la parábola del sembrador y la semilla. Durante la predicación le pedimos insistentemente al Espíritu Santo que nuestro corazón sea un buen terreno en el que la semilla de la Palabra sea como lluvia que fecunde nuestro espíritu y produzca fruto abundante (cfr. Mt 13, 18-22).

La espada de doble filo

Durante la predicación, la Palabra debe ser "espada" que se nos hunda en profundidad hasta los rincones más oscuros del alma. Allí donde hay algo escondido y purulento. "La fe viene como resultado de oír la Palabra" (Rm 10,17), nos dice San Pablo. La homilía es un lapso apropiado para fortalecer nuestra fe, para provocarla, si es que carecemos de ella. Durante la Última Cena, Jesús les dijo a los apóstoles: "Ustedes ya están limpios por la Palabra que yo le he dicho" (Jn 15, 3). La Palabra de Dios quema lo podrido; sana nuestros pensamientos y nuestro corazón. La liturgia de la Palabra es momento privilegiado de gracia. No hay que perder palabra. Es el tiempo en que Dios nos habla a todos y a cada uno en particular. Dios habla: hay que abrir bien los oídos del corazón. La liturgia de la Palabra, sobre todo, hay que dejarla entrar en el corazón.